UNIVERSIDAD DE NARIÑO
II CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

GENERO Y EDUCACIÓN EN AMERICA LATINA

Isabel Goyes Moreno*
Mireya Uscátegui de Jiménez*

“A menudo oímos decir que se debe vindicar el silencio de las mujeres, sin embargo sólo reivindicándolo podemos abrirnos al discurso y hacer que el discurso se abra. Para hacerlo es necesario mirar el silencio de la mujeres, no como un signo de incapacidad, sino como un signo de imposibilidad, de resistencia” (Alessandra Bochetti: 1996)

EL PRIMER INTERROGANTE

Hacer del tema género y educación en América Latina un objeto de estudio, se explica en la medida en que esa relación involucra una situación evidente: la discriminación de la mujer en la educación y dentro ella. Si bien la discriminación contra la mujer es propia de la sociedad patriarcal y por lo tanto tiene carácter universal, en estos países cobra especial importancia, toda vez que esta circunstancia es parte de la vida cotidiana de las mujeres, debido a la inexistencia de normas de discriminación positiva, al incumplimiento y desconocimiento de las leyes vigentes, a la debilidad de los movimientos feministas y en general al fuerte arraigo del patriarcado. De allí surge el primer interrogante ¿cuál ha sido el papel de la educación en la generación de una nueva cultura igualitaria y respetuosa de la diferencia?

La educación en América Latina ha trasladado acríticamente los modelos eurocentristas heredados en buena medida de la revolución francesa, movimiento típicamente masculino, como que la "Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" excluyen a la mujer, no obstante su papel protagónico en la lucha por los derechos de igualdad, surgida como respuesta a la discriminación simbólica y real de la que eran objeto las prostitutas parisinas.

Este desconocimiento se traduce al campo educativo y es fácilmente verificable a través de la obra "El Emilio" de Juan Jacobo Rousseau, texto paradigmático de la educación para la época, la que considera como único ciudadano de la nueva sociedad, al hombre, quien está llamado por su propia naturaleza, a desempeñar el poder y a tomar las decisiones en la sociedad política del momento. La mujer por su parte, está destinada a cuidar, seducir y reproducir socialmente al hombre.

Otro fundamento de la educación desde entonces, es el derivado de la racionalidad positiva sobre la cual se construyó la idea de ciencia y por lo tanto de educación. Tal racionalidad, de carácter monológico, fragmenta al ser humano excluyendo del mundo de la razón la esfera de lo simbólico y lo afectivo, aspectos éstos que se rechazan y subvaloran por ser erróneamente atribuidos a la condición femenina. Tal esfera ha constituido entonces, un territorio de lo oculto de

* Profesoras Universidad de Nariño Grupo Currículo

lo caótico, de lo irracional, de lo que no puede ser hablado ni expresado, el territorio del silencio construido también desde la educación cientifista y alexitímica.

Ya desde el mismo origen del sentido de la educación y de su finalidad de control social, se perciben las justificaciones de la discriminación contra la mujer, lo que ha generado una cultura de desigualdad y ella constituye hoy nuestro gran reto educativo.

MARCO NORMATIVO

En el campo internacional conviene recordar que las Naciones Unidas, adoptaron la declaración sobre la “Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer”, recogiendo anteriores acuerdos como: la Convención sobre los derechos políticos de la mujer, el Convenio contra la represión y la explotación de la prostitución (1951), el Convenio sobre la nacionalidad de la mujer casada (1957), la Convención sobre la discriminación en el empleo y la profesión (1958), la Convención contra la discriminación en la enseñanza (1960).

El artículo 10 de la Convención se ocupa de la discriminación contra la mujer en la educación. De manera extensa plantea las medidas necesarias que deben tomar los estados para superar la desigualdad que propicia la educación sexista, refiriendo como justificación algunas prácticas discriminatorias.

Teniendo en cuenta que todos los países de América Latina ratificaron la Convención sobre Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, resulta interesante realizar una rápida mirada a las normas internas que han expedido con la finalidad de evitar y erradicar estas desigualdades en el campo educativo.

En Argentina la Ley Federal de Educación del año 1993 establece que *“los lineamientos de la política educativa deberán buscar la igualdad de oportunidades, el rechazo de la discriminación, la superación de todo estereotipo discriminatorio en los materiales didácticos y la formación integral permanente del hombre y de la mujer”*. Estas disposiciones han ido acompañadas de pronunciamientos de los tribunales argentinos y específicamente de la Corte Suprema, que ha tomado decisiones en casos concretos, por ejemplo al prohibir a toda institución educativa discriminar por razón de embarazo, al obligar a los centros de educación a ofrecer educación mixta.

En Guatemala, uno de los países con más altas tasas de analfabetismo en América Latina, el Ministerio de Educación adoptó en el año de 1993, las *“políticas y estrategias de la educación de las niñas para el quinquenio 1993-1998”*. Dichas políticas incluyen: aumento de matrícula, retención y promoción en el sistema escolar, contenidos específicos sobre mujer y educación femenina en los currículos y materiales; educación de la comunidad escolar y los padres de familia; coordinación intersectorial. En cumplimiento de estas políticas el Ministerio constituyó un fondo de becas para niñas indígenas del área rural que tuvo un cubrimiento inicial de 5000 beneficiarias; así mismo los planes de desarrollo nacional 1992-1996 y 1997-2000 incluyen explícitamente tanto objetivos como políticas, acciones y metas prioritarias referidas a la educación de la niña.

Por su parte en Chile, no obstante que la Constitución consagra el derecho a la educación, la discriminación de género sólo se protege a través del derecho a la igualdad. Lo relacionada con la educación sexual se reduce a un contenido básico formulado por el Ministerio de Educación y que deberá complementar cada establecimiento educativo. El avance que merece destacarse es la prohibición de discriminación a mujeres embarazadas en el sistema de educación pública, prohibición que se hace mediante una norma administrativa que sólo rige para los establecimientos de enseñanza municipal y los subvencionados por el Estado. En el año 2000 fue aprobada una ley mediante la cual se modifica la ley orgánica de la enseñanza y busca sancionar las conductas discriminatorias de este tipo.

En Méjico la Ley General de Educación, consagra el principio de equidad en la educación sin hacer mención particular y expresa a los asuntos de género. Lo más relevante en este sentido es la formulación de unos de los objetivos de la educación: *“crear actitudes solidarias en los individuos para crear conciencia sobre la preservación de la salud, la planificación familiar y la paternidad responsable”* (Art. 7º Ley General de Educación).

Para países como Colombia en los cuales la convención forma parte de la legislación interna y donde por lo mismo existe el compromiso de tomar las medidas tendientes a eliminar la discriminación contra la mujer en todas las esferas de la vida, en el informe que presentó el gobierno colombiano en el año de 1994 ante la Comisión de seguimiento, destacó las medidas internas tomadas con la intención de lograr la igualdad para la mujer colombiana, entre ellas: el divorcio para el matrimonio católico, el trabajo doméstico como actividad productiva, la regulación patrimonial de las uniones de hecho, la supresión de la partícula “de” para la mujer casada, el apoyo a la mujer cabeza de familia, la ampliación de la licencia de maternidad de 8 a 12 semanas. Estas medidas pretenden afectar algunas manifestaciones sociales de la discriminación y se ubican en el ámbito civil y laboral, pero están lejos de incidir en el meollo que genera esa desigualdad, el mismo que radica en la cultura patriarcal.

En efecto, el Comité de Seguimiento lamentó en esa ocasión que: *“la nueva ley general de educación de diciembre de 1993 no hubiera incluido medidas de acción afirmativa relacionadas con la educación no sexista, ni disposición alguna específicamente relacionada con las mujeres”*. Las medidas de acción afirmativa o normas de discriminación positiva, reclamadas por este organismo, son aquellas que obligan a los gobiernos a tomar determinaciones preferenciales hacia la mujer, proporcionales a la desigualdad histórica, con la finalidad de compensar los largos años de marginamiento que la han dejado en una posición de excesiva inferioridad, por lo que, un trato igual, agudizaría estas desigualdades. En nuestro país y hasta el momento, solamente se conoce una disposición aparentemente de discriminación positiva, que es la llamada ley de cuotas, según la cual el 33% de los cargos de dirección del Estado deben ser ocupados por mujeres; sin embargo, tal norma no discrimina positivamente toda vez que la exigencia ni siquiera alcanza un 50% para hablar en términos de igualdad real y no porcentual de oportunidades por un lado, y por otra parte con demasiada frecuencia se hacen esguinces para burlar la ley.

De otra parte, a raíz de la expedición de la nueva Carta Política, la mujer alcanzó importantes reivindicaciones, por eso no resulta extraño que el artículo 13 de la Constitución Nacional, haya consagrado de manera expresa el derecho a la igualdad, de cuyo contenido se infiere la imposibilidad de discriminar por razón de sexo. Este compromiso con la igualdad de género, no se limita a realizar una concesión a las feministas, sino que tiene un significado adicional, y es el reconocimiento expreso de una realidad social que efectivamente otorga trato diferente dependiendo de la condición de hombre o mujer que se ostente.

Tan cierta es esta afirmación, que en el artículo 40 al regular los derechos políticos de los ciudadanos colombianos, el último inciso ordena: *“las autoridades garantizarán la adecuada y efectiva participación de la mujer en los niveles decisorios de la administración pública”*. La tan polémica ley de cuotas, no es más que un desarrollo de este mandato constitucional.

En el mismo orden de ideas, se encuentra en el artículo 43 de la Carta, una disposición expresa relacionada con la igualdad de sexos en la cual, de manera diáfana, se consagra en primer lugar la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres, y a renglón seguido se ordena una especial protección a la maternidad. La pregunta obvia para cualquier lector desprevenido podría ser ¿Cuál es la razón para abordar estas temáticas, sin duda diferentes, en un mismo artículo? La respuesta parece obvia, justamente porque es la condición procreativa de la mujer, tan reconocida y valorada en el discurso cultural, la que en la vida cotidiana se convierte en una circunstancia especial que da origen a la discriminación contra ella.

En otros países latinoamericanos, salvo expresiones generales sobre equidad en la educación consagradas en las respectivas constituciones, no se encuentran desarrollos importantes tendientes a abolir la discriminación a la mujer en y desde la educación.

Independientemente de que las tasas de escolaridad femenina hayan mejorado en los países de América Latina, la discriminación sigue latente, puesto que las normas de protección como se vio son aún muy tímidas y las de discriminación positiva prácticamente inexistentes, con el agravante de una superlativa discriminación en tres sectores marginales de población femenina: la indígena, la campesina y la afroamericana, claramente relegadas por el sistema educativo de este continente.. Otras mujeres para las que se acentúan las desventajas son las madres solteras, las que sufren embarazos prematuros y las jefes de hogar, cuyo acceso y permanencia en la escuela se afecta gravemente.

Finalmente, es bueno recordar que en la IV Conferencia Mundial de la Mujer realizada en Beijing China en 1998 se aprobó para las mujeres una agenda política muy concreta frente a los gobiernos y a la sociedad civil: lograr que los gobiernos de la región conviertan en políticas los acuerdos y avancen en justicia de género; así mismo se busca que la sociedad civil se comprometa con la afirmación de las ciudadanas femeninas rechazando sus situaciones de exclusión y subordinación, reconociendo las razones de su rebeldía y su aporte a la democracia. Después de Beijing los asuntos de género atañen directamente a los estados. En este marco cabe preguntarse ¿cuál sería la herramienta más expedita para que el Estado colombiano cumpla con estos compromisos internacionales? No cabe duda, que uno de los espacios por excelencia para generar una nueva cultura, es el educativo, y en consecuencia las instituciones de educación pública deberían ser pioneras naturales de esta gran misión que terminará beneficiando no sólo a la mujer sino a la sociedad en su conjunto.

Como puede fácilmente inferirse, las mujeres han alcanzado grandes triunfos jurídicos en la medida en que casi todos los derechos están consagrados en alguna disposición legal. Estas conquistas si bien no tienen la posibilidad de producir por sí mismas cambios en la realidad, pueden utilizarse estratégicamente como herramientas legales que permitan incidir en la transformación de la vida social, a través de la educación por ejemplo.

Son todos estos logros normativos los que inducen a algunos analistas sociales a afirmar que la desigualdad de género es cosa del pasado. No obstante lo anterior, la realidad da cuenta de prácticas discriminatorias, una de ellas la que ocupa nuestra atención, es la que tiene relación con los currículos universitarios. En efecto, si un currículo es una selección de cultura o un proyecto formativo, no es extraño que en él se traduzcan muchas de las características sociales, incluso aquellas que se pretende transformar.

Estos datos, bien podrían servir para cuestionarnos, ¿hasta qué punto conceptos como igualdad, justicia, tolerancia, equidad social, sólo forman parte de la retórica política en boga?, o bien para poner de relieve que la igualdad está lejos de hacerse realidad con meros mandatos legales y que en cambio, es indispensable, un serio proceso de concientización de la sociedad en su conjunto. Ahora bien, el interrogante siguiente gira en torno a establecer ¿Cuál es la situación de la mujer en la institución educativa?

UN SEGUNDO INTERROGANTE ¿ES EL CURRÍCULO REPRODUCTOR DE LA CULTURA PATRIARCAL?

La escuela, se ha afirmado con mucha razón, es una institución social conservadora que generalmente reproduce los patrones de conducta predominantes en cada momento histórico. Para ilustrar esta afirmación se describe a continuación en caso de la educación en Nariño.

En pleno siglo XX en este departamento colombiano caracterizado por tener una sociedad patriarcal con fuerte predominio de la mentalidad machista, subsistía la creencia según la cual existe una natural superioridad del sexo masculino sobre el femenino, al que tradicionalmente se ha relegado al mundo doméstico. Sólo en ese contexto puede

preferirse la ordenanza No. 0 de 21 de marzo de 1916, en la cual, haciendo alarde de gran sentido social y genuino interés en la suerte de las mujeres, se crea la "Escuela de Labores Manuales" con la finalidad expresa de *"levantar el carácter y el nivel moral de la mujer"*. Esta iniciativa se debe a las Hijas de San Francisco quienes *"con abnegación de verdaderas madres e inspiración del cielo...no se conformaron con servir a Dios dentro del claustro de la vida contemplativa"*. Por eso se pide al Gobernador del Departamento, que dada su preocupación por redimir a la mujer, sancione la anterior ordenanza.

Como puede deducirse fácilmente del anterior texto, terminando el segundo decenio aun se consideraba una gran concesión la preparación de la mujer en labores manuales, es decir aquellas que garantizaban la permanencia femenina en el mundo privado. La mentalidad patriarcal estaba tan arraigada entre los nariñenses, que los reparos contra el tímido y naciente trabajo femenino de comienzos del siglo, llegaron a convertirse en francos motivos de preocupación para los dirigentes locales. Al respecto, se destacan las consideraciones del proyecto de ordenanza que se propone a la Asamblea tendiente a crear diez becas en la Escuela Normal de Varones de Pasto *"...Nada más saludable que toda iniciativa encaminada a mejorar la instrucción pública del Departamento, pero desde hace algún tiempo se observa un fenómeno que debe tenerlo en cuenta la H. Asamblea: se nota una gran escasez de maestros graduados y en cambio es abundante el número de institutoras graduadas"*. Para la época no era bueno que la responsabilidad de la formación de las futuras generaciones estuviera en cabeza de mujeres, quienes en criterio de las mayorías masculinas, deberían continuar en sus tradicionales responsabilidades familiares.

Pese al logro que significó para la mujer su acceso a la educación, no por ello este hecho se tradujo en cambios culturales ni estructurales de la sociedad respecto a la discriminación en los roles de género; de hecho la educación que capacita para el trabajo reproduce el modelo patriarcal predominante al distinguir entre las labores técnicas productivas reservadas a los hombres y las funciones docentes y de enfermería diseñadas para las mujeres.

Este patrón cultural se mantiene incólume hasta el año de 1934, cuando el Ministro de Educación Luis López de Mesa, radica un proyecto de ley para permitir el ingreso de la mujer a la universidad. Ante esta posibilidad se generaron los más acalorados debates en el Congreso de la República a cuyo interior se promovieron posiciones diversas. Mientras Gerardo Molina y Jorge Eliécer Gaitán defendían la idea, la Iglesia Católica y otro sector del liberalismo se opusieron; el historiador Germán Arciniegas, de manera enfática afirma que de admitirse este exabrupto, pronto la sociedad vería sus efectos nocivos al desintegrarse la célula básica de la sociedad que es la familia, nicho natural de la mujer a quien le correspondía la responsabilidad central de su permanencia y unidad.

Por la misma época en la Universidad de Nariño se da un debate sobre la conveniencia o inconveniencia del ingreso de la mujer a la universidad. El estudiante José Félix Jurado expresa que *"el ingreso de la mujer a la universidad es antinatural, ella tiene un espacio propio conforme a su naturaleza..."*. Por fortuna en 1935 la mujer hace escuchar su voz defendiendo su derecho a la educación superior, al conocimiento científico y al desarrollo y demostración de sus capacidades, negándose a mantener el rol que tradicionalmente se le había asignado. Tal posición permitió que en ese mismo año la Universidad de Nariño reabriera la carrera de Comercio a la que podían ingresar hombres y mujeres; de 64 estudiantes admitidos 33 eran mujeres, siendo este programa pionero en la educación mixta pese a la abierta oposición del señor Obispo de Pasto Diego María Gómez quien en una circular dirigida a los fieles a través de los párrocos, advierte: *"Aquí en la ciudad de Pasto, en la Universidad de Nariño, tenemos un grupo de 25 alumnas que reciben sus enseñanzas simultáneamente con los jóvenes en diversas asignaturas. Este hecho tiene el gravísimo inconveniente de ir en contra de las normas de la Santa Iglesia, única que puede hablar autorizadamente en materia de fe y de costumbres y es además funesto porque sienta una doctrina y un precedente que serán imitados en las demás ciudades del departamento. Por lo mismo, PROHIBIMOS BAJO PENA DE PECADO MORTAL, a los padres y madres de familia el que continúen enviando a sus hijas a la Universidad, mientras no se les de a ellas separadamente la enseñanza..."* (HERNÁNDEZ VEGA:1999).

Otro aspecto que debe tenerse en cuenta es el papel de la Iglesia Católica en torno al afianzamiento de la mentalidad patriarcal, como en la definición y consolidación de los roles sociales de género. En el año de 1911 el naciente departamento expide la resolución 2 del mismo año, en virtud de la cual se acoge el plan de enseñanza religiosa para las escuelas primarias. Los artículos 5, 10 y 11 discriminan las labores educativas según se trate de niñas o niños, así: *"Sección elemental H: obras de mano para las niñas, principios de costura, punto de malla o media. Ejercicios calisténicos para los niños, marchas, flexiones. Sección Media J: obras de mano para las niñas, tejido de mallas, costura, remendado. Gimnasia para los niños. Sección Superior K: obras de mano para las niñas, remendado, corte, costura. Gimnasia para los niños"*. Una formación como la señalada no juega un papel distinto al de la reproducción de formas milenarias de sometimiento y subyugación del sexo femenino. Muchas de estas posiciones se asumen desde convicciones sinceras y profundas sobre el exclusivo papel reproductor y socializador que le compete a la mujer en el hogar y en la familia.

El carácter antinatural y pecaminoso que la Iglesia Católica le adjudicó a las relaciones hombre mujer, donde además y de antemano el hombre justificaba su conducta desviada en la maldad innata o lo que es peor, en la coquetería propia de las mujeres, es otro factor decisivo en la reproducción de los arquetipos culturales que apoyaban el esquema de valores propios de una sociedad patriarcal. De allí que en el reglamento de las escuelas primarias de 1911, se ordenara con toda claridad absurdos como el siguiente: *"La maestra de escuela encargará a un agente de policía que cuide esmeradamente de que los niños y niñas de la escuela, no anden juntos por las calles..."* Los mensajes subliminales que conllevan este tipo de disposiciones son las que nos ayudan a entender por qué el machismo es una ideología impresa en nuestro subconsciente que nos lleva a reconocernos y aceptarnos como inferiores.

Era tan grande la influencia de la Iglesia Católica, que al permitirse al año siguiente el ingreso de la mujer a la carrera de Derecho se determinó que las clases para las mujeres serían en las horas de la mañana y para los hombres en las de la tarde. Y es de anotar el gran revuelo de opinión que provocó el periodista conocido como *Karamelo*, al informar que un grupo de jóvenes y señoritas habían sido encontrados juntos en la biblioteca de la Facultad.

Otra forma de reproducir el esquema patriarcal de la cultura tenía lugar en la desigual valoración de las carreras, de manera que las de mayor demanda femenina automáticamente eran subvaloradas socialmente con la consecuente desigualdad salarial. Virginia Gutiérrez de Pineda dice al respecto: *"Como la cultura no exige más ni condiciona las expectativas femeninas para aspirar a un logro educativo superior excepción hecha de la carrera docente, considerada por símil a las tareas informales maternas profesión femenina, la mujer no acentúa su educación formal. Algunas unidades en forma empírica se enganchan en la enfermería, profesión que adquiere igual dimensión valorativa que el magisterio"*. (GUTIERREZ: 1992)

Como se aprecia, el currículo en todos los niveles educativos y a través de los tiempos, ha servido para reproducir y mantener la posición marginal y de sometimiento que se ha impuesto a las mujeres, acentuando la cultura patriarcal discriminatoria, bajo el amparo de una educación sexista. Se supone que en adelante, el paso a la educación mixta o coeducación, contribuirá a aminorar el papel reproductor de los currículos.

DISCRIMINACIÓN Y CURRÍCULO OCULTO.

Es en la educación superior en donde inicialmente se desarrollan programas para hombres y mujeres en igualdad de condiciones. Este espacio le sirve a la mujer para lograr avances considerables en la medida en que le permite autoafirmarse y demostrar ante sus compañeros sus capacidades intelectuales. Su desempeño académico indica que las supuestas capacidades innatas de hombres y mujeres se reducen a oportunidades. *"Tiene amplia resonancia este cambio, porque el sistema autocrático masculino que confiere poder al hombre sobre la mujer presupone también de entrada su superioridad mental, indicador que legitima en gran parte su dominio"* (GUTIERREZ: 1992)

No obstante, este hecho no significó la inmediata igualdad de géneros en el acceso a la educación superior puesto que en las políticas de ingreso se mantenían mecanismos de exclusión para las mujeres, como por ejemplo las entrevistas en las universidades privadas realizadas la mayoría de las veces por hombres patriarcales, muy ajenos a una posición de equidad de género; a su vez los exámenes de ingreso constituían otra desventaja para la mujer toda vez que, si bien eran pruebas estandarizadas, las condiciones de egreso de los bachilleratos femeninos eran, en términos de conocimiento, de inferior calidad; mientras a los hombres se los educaba para el ingreso a la universidad, a la mujer se la preparaba para casarse o para regresar a su hogar.

De otra lado, en la educación primaria y secundaria que adopta la modalidad mixta tan sólo en la década del setenta y comenzando con las instituciones de carácter público, si bien se aminora la discriminación abierta, ésta toma otros dos matices, en unos casos sutil y en otros violento, y es agenciada a través del currículo oculto por directivos, profesores y estudiantes. El ingreso inicial de las mujeres fue tímido y lento al punto que no representaba más del 10% de la población estudiantil, colocándolas en inferioridad desde el punto de vista numérico, amén de los imaginarios sociales que afloraron desde los mismos colegios femeninos tildando de *“machonas y marimachas”* a las congéneres que se atrevían a afrontar esta ruptura.

Pese al nivel superior y liberal de la institución universitaria, la conducta descrita no fue ajena a ella; la universidad seguía manteniendo una estructura, organización y cultura masculinas, ignorando la presencia femenina en el mejor de los casos o menospreciándola en muchos otros. El estamento docente mayoritariamente masculino, mantuvo hasta los años setenta una actitud abiertamente hostil contra las estudiantes. Para esa época no eran extraños comentarios como *“regrese a su nicho doméstico natural”*, *“quien le dijo que esta carrera es para mujeres”*, *“aquí usted, señorita, está perdiendo el tiempo”*, *“las mujeres vienen a la universidad a conseguir marido”*, *“tenía que ser mujer”*. Así mismo, el bienestar universitario también estaba pensado exclusivamente para los hombres: residencias masculinas, monitorias masculinas, infraestructura física para hombres.

A más de lo anterior, salvaguardándose en el currículo oculto, se hacía abierta discriminación sexual mediante las miradas morbosas, los comentarios de alto tono, el acoso sexual y el mercado ilícito entre beneficios académicos y favores sexuales, actitudes todas que no sólo atentan contra la dignidad de cualquier ser humano, sino que pervierten toda una historia de luchas por la igualdad de género.

De otra parte, la estructura organizacional y la normatividad son también masculinas, un hecho tan humano y social como la maternidad aun hoy, no ha sido objeto de regulación, convirtiéndose esta circunstancia en una causa de la mortalidad académica y de la deserción femenina.

CONTEXTOS ACTUALES

Es válido conocer qué efectos han tenido en los currículos universitarios, los treinta años transcurridos desde la década del setenta, lapso en el cual muchos acontecimientos mundiales de orden demográfico, económico, social, político, histórico, han sido permeado también por los movimientos feministas que durante este mismo tiempo, han buscado de manera incesante una real coexistencia de géneros y que hoy dan cuenta de las ya indiscutibles capacidades femeninas, del surgimiento de una nueva generación nacida en el seno de una sociedad menos excluyente que comparte no sólo responsabilidades sino derechos, del lugar ganado por la mujer en todos los ámbitos de la vida social, del reconocimiento global de la injusticia humana contra las mujeres expresada mediante diversas convenciones mundiales y regionales, de la presencia de hombres abiertamente feministas.

Lo primero es reconocer el inmenso crecimiento de la cobertura del sistema educativo en todos los países latinoamericanos y especialmente la mayor presencia de la mujer en los diversos niveles escolares. La ausencia de datos concretos sobre participación de la matrícula femenina, constituye una evidencia de que el problema de la

igualdad en la educación, no incluye aun en muchas investigaciones la categoría de género como parte del problema, sino que su perspectiva de análisis aun en términos políticos se reduce a las desigualdades de clase como el principal horizonte de democracia. En efecto, en los estudios sobre educación el sexo, en el mejor de los casos constituye solo una categoría de tipo descriptivo, más no una categoría de análisis político ni social.

En términos de igualdad el incremento de la tasa de escolaridad en la educación superior en Colombia, se ha visto favorecido por la homogenización de los exámenes de ingreso reducidos a una prueba estándar de conocimientos, que en muchos casos es la prueba del Estado, al menos en la universidad pública. Así mismo el nivel académico de la educación secundaria, a partir del sistema mixto es más homogéneo.

Respecto a la Universidad de Nariño, al comenzar los años setenta la matrícula femenina fue del 22.3% presentándose la mayor demanda en Ciencias de la Educación. Con la diversificación de sus programas entre 1973 y 1979 la participación de la mujer en la matrícula aumenta hasta llegar al 35.7% en ese último año, con una preferencia marcada hacia las Artes Plásticas en un 47.2%. En los últimos seis años, 1997 a 2002, encontramos que mientras la tendencia nacional muestra un incremento de la población universitaria femenina hasta alcanzar una mayoría femenina entre el 98 y el 2000 según datos del ICFES.

En cuanto a la preferencia por carreras, aunque la mujer ha logrado ingresar a espacios académicos tradicionalmente reservados a los hombres en un número importante, continúa la tendencia de las ciencias duras preferentemente para hombres y las ciencias humanas, sociales y artes para las mujeres. En efecto, en la Universidad de Nariño la relación hombre-mujer en el período B del 2002, es la siguiente: Ciencias Agrícolas 38% de mujeres frente al 62% de hombres; en los programas de Ingeniería el 33% de la matrícula es femenina, mientras el 67% es masculina; en Ciencias Pecuarias 36% mujeres y 64% hombres; por el contrario en Ciencias Humanas hay 58.35% de mujeres y 41.64% de hombres; para Ciencias de la Educación la relación es entre 59% de ingresos femeninos frente a 41 de masculinos. Estos datos no deberían ser objeto de preocupación si los mismos no implicaran un mayor reconocimiento social hacia las carreras de preferencia masculina y por ende una mayor remuneración de éstas en el mercado ocupacional, realidades discriminatoria contra la mujer.

La ampliación de la matrícula y el ingreso en condiciones más igualitarias son importantes logros de las mujeres. La forma como ella ha asumido su responsabilidad académica, explica que pese a ser minoría y a muchas circunstancias que le son adversas, del total de la mortalidad académica en el caso de la Universidad de Nariño en el período comprendido entre 1996 y 2002, apenas el 29% corresponde a mujeres frente a la mortalidad masculina del 71%, lo que indica un índice de mortalidad de 0.78 más en el género masculino (Fuente: Cárdenas G. y otros:2002)

Con relación a las circunstancias adversas, muchas de ellas parte de ese currículo oculto que solapa los atavismos culturales, cabe señalar que al decir de un grupo de estudiantes de la Universidad de Nariño quienes realizan actualmente una investigación sobre las relaciones de género en el aula, se presentan con cierta frecuencia actitudes de subvaloración del trabajo académico femenino que contribuyen a su opacidad, tanto por parte de estudiantes como de algunos docentes. Igualmente se ha encontrado confirmación de un hecho ampliamente conocido y no exclusivo ni de la Universidad de Nariño, ni del nivel de educación superior, cual es el acoso sexual protagonizado principalmente por docentes, hecho que repugna dada la condición de indefensión en que se encuentran las estudiantes debido principalmente a que el acosador es al mismo tiempo su evaluador académico. Esta realidad la mayoría de las veces se oculta, tanto por la vergüenza que conlleva en la medida en que la acosada se convierte en provocadora ante la mirada machista, como por la dificultad de probar estos hechos y por las posiciones de retaliación que asume el acosador y con frecuencia sus colegas. Al final sólo queda la angustia, la frustración y la deserción femenina y en el mejor de los casos el acompañamiento psicológico o la consejería estudiantil.

Otro espacio donde se evidencia de manera inequívoca la discriminación contra la mujer es en la normatividad estudiantil universitaria, en donde no se encuentra un solo precepto que tenga en cuenta las diferencias naturales de la

condición femenina las cuales son necesarias para evitar las injusticias que ocurren por ejemplo, con la estudiante embarazada que por razones de su estado no puede cumplir regularmente con las obligaciones académicas en los mismos tiempos que sus compañeros, incidiendo de esta manera, en los índices de mortalidad e inclusive de deserción.

Un aspecto importante de considerar en este análisis es el relativo al poder universitario. Amartya Sen reconoce en el aumento del poder de las mujeres, *“uno de los aspectos fundamentales en el proceso de desarrollo del mundo moderno.”*; además el Nóbel señala la importancia de la educación en ese hecho: *“Entre los factores que intervienen se encuentra la educación de las mujeres...”*, aunque reconoce así mismo la incidencia de otras variables no clásicas como: *“las actitudes de la familia y de la sociedad en general hacia las actividades económicas de las mujeres...”*. Desde esta perspectiva es dable presumir que una conquista trascendente y democrática de la vida universitaria ha sido la participación del estamento estudiantil en los organismos de dirección; aun así para la mujer esta conquista no ha sido efectiva en términos de equidad. Para el caso de la Universidad de Nariño, de un total de 31 representantes estudiantiles a los Consejos de Facultad y Comités Curriculares, sólo 9 son mujeres lo que equivale a un 29%, incluyendo aquellos programas de mayoría femenina, y en cuanto a los dos organismos de máxima dirección universitaria, los Consejos Académico y Superior, se encuentra que en los últimos treinta años únicamente dos mujeres han logrado llegar a ellos.

Por su parte en el estamento profesoral, en lo que concierne a la dirección universitaria y a la función docente, se encuentra una inequitativa presencia de la mujer. En el primer ámbito es notoria en el país la ausencia femenina en la rectoría de las universidades; al menos en las universidades públicas hoy sólo se conoce el caso de la Universidad Pedagógica Nacional y en muchas como en las universidades del Cauca, Nacional, Antioquia, Nariño entre otras, no ha existido en toda su historia una rectora. En la función docente la situación nacional no difiere ostensiblemente; en la Universidad de Nariño se muestra una relación promedio aproximada de 1 profesora por cada 10 docentes.

No obstante, ese aún tímido logro de la participación de la mujer en las esferas de poder universitario, le han significado no pocas luchas y desafíos debido a que algunos sectores de la comunidad universitaria suelen ser menos tolerantes, más intransigentes, exigentes y duros con ella en términos de sus posibles equivocaciones, pero especialmente, en las sociedades clásicamente patriarcales, la comunidad suele ser más moralista en sus juicios hacia la mujer que ostenta ese poder tradicionalmente masculino. En tales grupos no es extraño encontrar incluso, algunas oprobiosas manifestaciones de una soterrada violencia moral que hacen de la mujer presa predilecta del sarcasmo machista, de la calumnia y del señalamiento por conductas sociales que, ejercidas por los hombres son apenas “naturales” y pertenecen a su fuero personal e íntimo, pero que si quien las comporta es la mujer se convierten en objeto de sanción social.

En general, aunque merecedoras de todo reconocimiento, las conquistas logradas por la mujer en y mediante la educación, han sido fruto de un mayor esfuerzo comparativo, tendiente a demostrar su capacidad de responder a las nuevas oportunidades y responsabilidades, en mucho diferentes a las de su otrora nicho natural del hogar y mucho más complejas que su proverbial rol pasivo de sumisión y dependencia.

No obstante esas conquistas, el tiempo aún es joven para andar el camino que se abre precediendo alcances más profundos, pues mientras en Colombia el pequeño país político reivindicativo todavía se ocupa de lograr mejores niveles de bienestar para la mujer y un trato más justo y equitativo, aspectos sin duda necesarios y fundamentales, el cambio social demanda un cambio de énfasis hacia la *“libre agencia de las mujeres”*, que en términos de Amartya Sen se define como la capacidad de activar y promover cambios, entendiendo por agente: *“la persona que actúa y provoca cambios y cuyos logros pueden juzgarse en función de sus propios valores y objetivos...”*. Esta demanda requiere a su vez, por supuesto, cambios educativos y curriculares, de manera que podamos acompañar a las mujeres estudiantes en ese complejo y desafiante tránsito de ser *pacientes* a ser *agentes* de cambio, es decir de tener el valor de servirse

de su capacidad y de su libertad para transformar las desigualdades en justicia y las exclusiones en convivencia entre iguales.

ALGUNAS CONCLUSIONES PARA NUEVOS INTERROGANTES

Hemos asistido a un cambio de siglo que sin duda nos revela un mundo que en cien años ostenta notables cambios e indiscutibles avances en el terreno de las conquistas femeninas, pero es innegable que también siguen siendo notables las desigualdades al punto de resultar paradójicas muchas coexistencias: de los movimientos sociales y las permanencias culturales, de las aspiraciones colectivas y los extravíos individuales, de los problemas nuevos y viejos de la educación, de los currículos explícitos grandilocuentemente democráticos, transformadores y flexibles y los currículos ocultos solapadamente reproductores, agresivos y discriminatorios.

En conclusión, en el ámbito de la educación se ha avanzado en términos de una mayor igualdad de oportunidades en acceso a la universidad gracias a la estandarización de los exámenes de ingreso y a la educación básica mixta; se ha avanzado también en cuanto a una conciencia menos patriarcal en las nuevas familias gracias a los movimientos políticos y generacionales de los años setenta; se han logrado adelantos en la coeducación universitaria en el sentido de una convivencia más natural entre los estudiantes hombres y mujeres, ya no tan afectada por la malicia o el morbo; se ha logrado un mayor reconocimiento de las capacidades intelectuales y políticas de la mujer y de su responsabilidad laboral; la mujer ha ganado en su propio reconocimiento, ha mejorado su autoestima y ha avanzado hacia la autodeterminación y la independencia.

No obstante el mayor acceso de la población femenina a la educación, no siempre ha sido fruto de unas decididas políticas de igualdad de género; su incorporación al sistema educativo y el ejercicio de su derecho a la educación ha obedecido más a razones de tipo económico estratégico, derivadas de las necesidades productivas que exigen su capacitación.

Quedan aun muchos interrogantes cuya respuesta nos permitirá tener una mayor claridad en torno a la problemática objeto de nuestra preocupación:

- ✓ ¿Cuál es el diagnóstico de la situación de discriminación de la mujer en las aulas escolares?
- ✓ ¿De qué manera ha transformado a la institución educativa, en sus estructuras, en sus racionalidades y en su cultura, la presencia de la mujer?
- ✓ ¿Cuáles son las más frecuentes formas de discriminación en los currículos ?
- ✓ ¿Hacia qué meta querríamos avanzar curricular y pedagógicamente respecto a la situación de discriminación de género?...
- ✓ ¿Cuál es la imagen de la mujer que presentan los libros de texto y los materiales didácticos?
- ✓ ¿Qué temas dentro de los planes de estudio, hacen visible la contribución de la mujer al desarrollo de la humanidad?

También persisten aun amenazas y dificultades ostensibles para su permanencia, las cuales merecen una mayor atención institucional y una decidida voluntad política que, de una parte se ocupe del cumplimiento de las normas sancionatorias de prácticas delictivas como el acoso sexual a la mujer, y de otra se ocupe tanto de acciones curriculares y de carácter formativo, como de determinaciones de tipo reglamentario tales como:

- Institucionalización de cátedras investigativas sobre género
- Protección a la estudiante en embarazo
- Acciones de seguimiento y monitoreo del cumplimiento de las normas de convivencia y respeto

- Políticas de cobertura con equidad de género
- Decisiones curriculares y pedagógicas para la formación de la mujer como *agente de cambio*
- Políticas y medidas de protección a las estudiantes frente al acoso sexual

El panorama descrito en este análisis, que no pretende plantear afirmaciones rotundas ni respuestas únicas, nos bosqueja un espectro plagado de buenas intenciones a manera de un acto masculino de contrición imperfecta, pero de pobres y tímidas realizaciones, que a través de indicadores legales, históricos, sociales y educativos refleja la complejidad del problema y lo instala en el ámbito de lo cultural en el cual lo educativo y especialmente lo universitario, juega un papel definitivo e irrenunciable dada su misión formativa de las nuevas generaciones y de los futuros educadores; alcanzar el lugar de la convivencia en igualdad de condiciones, será posible en la medida en que los currículos superen la acción simplemente reproductora de las ideologías patriarcales aun dominantes, para comprometerse con una educación emancipadora, cuya meta sea el alcance de todas las equidades sociales y específicamente las de género.

Una tarea de tal envergadura no puede ser desarrollada con éxito desde un movimiento exclusivamente feminista, sino que exige de manera inevitable la solidaridad de los hombres frente a las injusticias y las conductas que atenten contra la dignidad de la mujer; requiere de igual forma, el concurso decidido de hombres y mujeres porque la construcción de una nueva sociedad más justa, más tolerante, respetuosa de la diferencia y las minorías, es una obra que debe edificar el género humano.

BIBLIOGRAFÍA

BOCCHETTI, Alexandra . Lo que quiere una mujer. Madrid: Cátedra, 1996

CABAL, Luisa y otras. Cuerpo y Derecho. Temis. Bogotá, 2001

CARDENAS G. y otros. Caracterización de los estudiantes con mortalidad académica de la Universidad de Nariño desde el período A de 1996 al período A de 2002. Proyecto de Grado, Especialización en Docencia Universitaria. Pasto: Universidad de Nariño 2002

Defensoría del Pueblo. Contra viento y marea. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1997

GARCIA MARQUEZ, Gabriel. Vivir para contarla. Bogotá: Norma, 2002

GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia y VILA DE PINEDA, Patricia. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal. El caso de Santander. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992

HERNÁNDEZ VEGA, Gabriela. La mujer en la Universidad de Nariño: su ingreso, aproximaciones. Ponencia presentada en el II Coloquio Iberoamericano de Historia de la Educación en la Universidad. Manuscrito, Universidad de Nariño, Pasto.

KEMMIS S. El currículum: Más allá de la teoría de la reproducción Madrid: Morata, 1993

PLATA, María Isabel y otra. Los Derechos Humanos y la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer. Bogotá: Profamilia, 1988

SEN, Amartya. Desarrollo y libertad. Bogotá: Planeta, 2001

TORRES, Jurjo. El currículum oculto. Madrid: Morata, 1992

UNESCO. Declaración Mundial sobre la educación superior en el siglo XXI: Visión y acción. Conferencia Mundial sobre la educación superior 9 de octubre de 1991. En: Cuadernos ASCUN. No. 7. Bogotá: ASCUN 1999

ZÚÑIGA, Eduardo. Nariño, cultura e ideología. Pasto: Universidad de Nariño, Gobernación de Nariño, Alcaldía Municipal de Pasto, Finmil, 2002